

# **FORTUNA.**

**Tina Díaz.**

## Capítulo I

En diciendo estas palabras, la Fortuna, como quien toca sinfonía, empezó a desbatatar su Rueda, que, arrebatada en huracanes y vueltas, mezcló en nunca vista confusión todas las cosas del mundo, La Fortuna dio un grande aullido, diciendo:

-Ande la rueda y coz con ella

Octubre.

Cuando éramos pequeños mi madre con mucho misterio nos llevaba a visitar a la abuela Rosita. La abuela Rosita, tan denostada, se moría de risa viéndonos coitados. Siempre impone una persona que dicen que es tan rica, tan rica. Mi madre nos decía: Portaros bien, yo soy su única heredera.

A mi abuela Rosita se le va la cabeza pero, dicho sea todo, más se le va a mi madre.

Yo tenía que haberme ido de Madrid a Logroño, pero era tanto el tiempo que llevábamos mi hermano y yo sin trabajar, que decidimos que, ya que él es ingeniero agrónomo, se fuese a La Rioja.

Los huracanes de estropicio y los destrozos de Nueva Orleáns, el tsunami, las catástrofes sin nombre, las he visto aquí en la televisión.

Pero ya veo poco la tele.

Miro el mar que suele estar como una balsa pero que a media mañana se pone furioso. Las corrientes lo enfurecen con olas grandes. Bajo a la playa desierta del pueblo y me doy unos baños disfrutando del mar y del sol.

Un día en Madrid mi hermano que tiene treinta y un años y yo que tengo treinta y dos nos fuimos de marcha, era un jueves. Tres días sin dormir y sin llamar. Fue entonces cuando mi madre aprovechó para echarnos. Nos mandó al piso de mi padre. Qué ya está bien, qué se ocupe él, dijo. Qué estaba de nosotros hasta el mismísimo coño.

En Madrid, en casa de mi padre habíamos cobrado el paro por un empleo insignificante. Cuando empezó a bajar la cantidad del paro hasta desaparecer, ya nos habíamos acostumbrado a la vida de no hacer absolutamente nada y ni buscábamos trabajo. Mansos como los toros toreados, fuimos al psiquiatra que mis padres nos asignaron; el psiquiatra dijo que estábamos estupendos y que simplemente estábamos desmotivados para trabajar y que eso...

Había sido un año sabático, decían nuestros padres a sus amistades, pero durante los tres años posteriores, y después, ya no le hablaban de nosotros a nadie y a nosotros habían empezado a llamarnos parásitos, idiotas, sinvergüenzas, vagos y hasta maleantes.

Tengo un televisor de plasma muy grande. Mirando al mar miro también los desastres naturales que asolan al mundo. El televisor dice que son las venganzas de la tierra contra los que la agostan.

Corre el otoño.

La abuela Rosita (siempre la tratábamos de usted nosotros a ella, ella a nosotros de tú), me encargó la rehabilitación de la casa de tres plantas. Vete poco a poco, gastando lo menos posible, Rodolfo, me dijo. Más despacio no se puede ir. De las obras saqué para la televisión de plasma, aunque el lujo, lo auténticamente

lujoso sea la vista constante del mar. Las obras las hice yo mismo con dos moros que encontré tirados en la playa. Eran albañiles y no tenían papeles. Yo les daba alojamiento y comida y les pagaba cada jornada que trabajaban. Me subí al primer piso porque abajo los árboles y plantas del jardín, que han estado unos cincuenta años sin cuidar, impedían ver el mar que brama detrás de la valla.

Arriba me quedé con la habitación más grande y abrí una ventana de pared a pared. El primer año tapé el agujero con tablas porque los materiales eran muy caros. Me hice un baño y, lo primero de todo una cocina con lo mínimo tabicada en otra habitación. Los moros arreglaron el váter de abajo para uso propio y añadieron una ducha.

A la abuela Rosita le gustaron mucho las fotos. Monacal, la casa te ha quedado monacal, Rodolfo, me dijo. Evité que en las fotos saliese el ventanal. Como la abuela Rosita quería que me quedase aquí y que siguiese con las obras, no me pidió facturas. Sigue así, sigue, es muy sano trabajar con las manos si es que se es joven, me aconsejaba por teléfono. Añadía que me parecía a su hermano muerto hacía mil años y que ninguno conocimos. A comienzos del siglo pasado, con seis añitos, ese hermano de mi abuela se había ido del pueblo, a unirse a las cuadrillas de niños albañilillos. Con blusa y alpargatas, sin zapatos ni ropa de abrigo, recorrían los pueblos de La Rioja trabajando a cambio de comida. Pero no había comida. A comienzos del siglo pasado, del siglo XX, fíjate hijo, llegó a La Rioja una miseria, decía la abuela Rosita.

Su hermano luego se había hecho tan rico. Tal vez yo pudiera...

Es muy fuerte, muy fuerte.

Esta casa en medio de la nada está enfrente de las dunas protegidas. No se puede recalificar. Por eso me mandaron aquí. Aunque Rosita no sabe que aquí nunca se sabe que va a pasar con las recalificaciones. La casa llevaba abandonada más de cincuenta años, la maraña del jardín que todavía no he arreglado, la choza

derruida de los guardeses al fondo del jardín. El mar se come todo, el mar todo lo pudre. También instalé en mi reducto un aire acondicionado de esos de frío y de calor. Los días pasan, los meses se pasan sin sentir.

En Madrid, la última época que vivimos con mi padre, lo único que hacíamos mi hermano y yo era ver la tele. Hasta nos daba pereza ir al cine. Las novias ya nos habían dejado hacía tiempo y hacía más tiempo todavía que mis padres se habían divorciado.

Mi madre solía aparecer en la casa de mi padre, hacia las diez de la mañana que estábamos durmiendo porque nos quedábamos viendo la tele hasta las cinco o las seis de la madrugada. Mi madre traía subrayados los anuncios de trabajo. Al día siguiente solía encontrarlos donde los había dejado. Mi madre nos daba tabaco y algo de dinero. Mi padre no nos daba nada porque bastante hacía con mantenernos, decía, y así se iban pasando los días.

Aquí, en el pueblo, de vez en cuando, hago suplencias en el supermercado y cargo paliers. Al despertarme veo el amanecer sobre el mar. Y otros días, al atardecer, hay tormentas. Pongo la tele sin voz y oigo los truenos y veo los relámpagos sobre el mar el mar. ¡Tanta preocupación que tuve por el futuro y ahora que no tengo ya no me preocupo! Los periódicos me los trae de tarde en tarde la asistente de Catalina la escritora que también vive sola sola en el paseo marítimo. Catalina contesta al teléfono diciendo: *Yo soy la abuela*. Que es el título de su novela. Tan tocada la ha dejado su familia antes de su huida a la playa, tocada también del éxito de su primer libro publicado a los sesenta y cinco años, manda huevos, sesenta y cinco. La asistente de Catalina, que viene a trabajar conduciendo su coche (yo no tengo coche), me deja los periódicos en un recodo, detrás de la verja. Nadie los toca. ¿Quién los va a tocar si no hay nadie? Todos los que estamos en esta playa, en otoño, somos huidos. Aquí nadie pregunta nada. Yo ni siquiera sé quiénes son o de dónde despegan los tipos voladores. Vuelan algunas tardes sobre la playa, sentados en el asiento a motor, con el aspa en la espalda, colgados de sus arcos de tela naranja o verde. Tampoco sé donde se alquila algún

caballo que trota a veces por la orilla del mar, en la playa vacía. No pregunto nada, para que.

En otoño este pueblo está vacío. Hay gente los domingos soleados, y en agosto dos filas de sombrillas, como mucho, y eso solo en el trozo de enfrente del pueblo. Los que tienen casa aquí no llegan a conectar con nosotros, los huidos. Ahora han construido unas moles en el fondo del pueblo, pero esos pisos son también para el veraneo y están completamente cerrados, con todas las persianas bajadas.

Cuando llegué encendía una chimenea abajo. Me volvía loco el olor de la leña. El olor y mirar el fuego era como una droga. Pero un día me aburrí y ya no la enciendo nunca porque aunque fuese poco había que limpiarla todos los días para volverla a encender.

Mi madre, que tiene tanto miedo a la locura, me mandó un traje de bucear de neopreno, y un arpón, porque decía que enfrente del mar sin hacer nada me iba a volver majara. ¡Qué ocurrencia! Los moros usaron alguna vez ese traje, les divertía mucho, se reían, se hicieron fotos. Pero luego, ya cuando se fueron, envolví el traje cuidadosamente, por si tengo que hacerle un regalo a alguien, o por si regresan los mismos moros que prometieron volver, u otros. De todas formas, debo seguir con las obras de esta casa, porque de eso vivo, aunque si fuera por mí, una vez remozadas mis habitaciones, lo dejaría todo como está.

He ido gastando la ropa. Aparte de los arapos que llevo a diario, tengo un par de camisas con sus corbatas y dos trajes, uno de verano y otro de invierno, y unos zapatos de cordones ingleses, porque eso sí, a las entrevistas en las que no me daban trabajo por exceso de calificación había que ir muy bien vestido. Mi madre mandó los trajes a la tintorería antes de que viniese al pueblo.

Se francés y bastante inglés y tengo tres años de letras, más algunas asignaturas de cuarto. Dejé esa carrera. Decían mis padres y conocidos que las letras no tenían salida. Y todos los de letras, absolutamente todos y todas, estaban en el paro para toda la eternidad, y en la puta mierda, decían. Así que yo había dejado

mis estudios de letras para hacerme aparejador, carrera que terminé felizmente.

Al final ocioso y desesperado, me vine a la playa desierta. Me crecía la barba y bebía, me emporraba bien, me iba a Valencia y me tiraba a todo lo que se movía y se dejaba, pero con los marroquíes puse orden en mi vida. Yo tenía que haberme instalado en Logroño, cerca de la abuela Rosita pero se fue mi hermano, se fue. Yo, ahora, en otoño, me alimento de naranjas Navel gordas. Tengo una bicicleta vieja y voy a comprar las frutas y las verduras directamente a las huertas.

Curiosamente mi hermano y yo, aunque por separado, hemos acabado en tierras de verduras, así que a veces en los e-mails hablamos de alcachofas, de pimientos. Los días pasan sin que pase nada. Solo pasan cosas en la tele.

En Madrid, bastante antes de que mi madre nos echara, yo había vivido un año o así con mi novia, que era una mujer supertrabajadora. Mi novia quería que compráramos un piso, que nos metiésemos en las letras, cosa que no hicimos porque yo me negaba a dar ese paso, sin retorno. Mi novia tenía un contrato tolerable, aunque no era fija. Además, hacía alguna hora extra, una salud de hierro. Venga a trabajar y luego a acudir a fiestecitas, cenitas en las casas de los otros o en nuestro pisillo de Tetuán. Las cenitas consistían en ensaladas, pasta o tortilla de patata, o una ensaladilla rusa. Cada uno llevaba un plato de baratillo, siempre de cosas guisadas. No recuerdo haber cenado nunca unas buenas chuletas. Al principio te daba gusto, ponías música de jazz, te reías y emborrachabas un poco, te sentías ya como un ejecutivo de verdad. Pero al cabo del tiempo se te quitaban las ganas de las cenitas, porque todas las conversaciones giraban en torno a las letras del piso; las conversaciones giraban sobre los bancos, los alquileres que subían y subían y los embotellamientos camino del trabajo. De lo carísimo que estaba todo, muchos de nuestros amigos habían dejado de fumar ya antes de la ley antitabaco. En esas cenitas, eso sí, se hablaba mal de todos los gobiernos: yo cotizo y etcétera etcétera, yo

cotizo. Nuestros amigos ya no destinaban el sueldo a, masteres, idiomas o, como de jovencitos. A los treinta y dos o así, se habían comprado un piso en Móstoles, en Leganés, en cualquier ciudad dormitorio. Entones solían tener un hijo, uno, como en China. La amiga de turno, una vez finalizada la baja maternal, debía organizarse para tener donde dejar al niño que era uno solamente, como en China. Los precios de las guarderías son de escándalo y en las municipales nunca haya sitio.

La letra del piso y el niño y su guardería lo engullían todo.

Mi novia, aunque era divorciada, no tenía gracias a Dios ningún niño, pero al final el alquiler era como la letra de la hipoteca. En algún sitio teníamos que vivir. En el barrio de Tetuán había mucha delincuencia, pero era una zona mucho más céntrica que la periferia del niño único. Mi novia quería comprar un piso porque pagar el alquiler, decía coreada por los amigos de la letra, era tirar el dinero. Me presionaba, me presionaba. Qué si no la quería, qué si tal y que si cual. Me obligaba a trabajar, a trabajar. Yo tenía un cochecillo que ya daba las últimas bocanadas, y por las mañanas, en los embotellamientos, me sentía como una hormiga de las que van en fila a su hormiguero. Mi padre, las pocas veces que lo veíamos, la miraba por encima del hombro, porque mi novia era de familia muy humilde y no era guapa, era fea, y con cuerpazo. Y mi madre, que se empeñaba en visitarnos, se hacía la simpática, y entonces era peor. Mi madre nos llevaba a un restaurante. A mi novia se le cerraban los ojos de sueño, se le cerraban los ojos y daba cabezadas. Llegaba a los viernes hecha una mierda. Tu chica siempre tiene sueño y te tiene...., decía mi madre.

Del año y medio que viví con mi novia mantengo un recuerdo agridulce. Estaban bien las vacaciones o algún domingo por la mañana; le llevaba el desayuno a la cama como en las películas, en una bandeja muy chula y nos quedábamos tirados hasta el anochecer, o salíamos a dar un paseo. Incluso estaban bien algunas de esas cenitas de cada uno trae un plato, cuando se producía el milagro de que nadie hablara de la letra maldita del piso y del niño único

de China. La música y el vino nos volvían más jóvenes y más gamberros. Pero yo sabía que esa etapa con mi novia era un callejón sin salida.

Aquí, en el pueblo, en octubre, no hay mujeres libres ni tampoco presas. Sólo abre un restaurante caro, y uno que da comidas a los obreros de las moles del fondo. También abre la heladería, excepto en enero y parte de febrero. Las persianas de los edificios están echadas y comercios no hay. Con la heladería mantengo un acuerdo de trueque. Ellos apuntan lo que consumo y me lo cambian por días de trabajo en verano. Los domingos de sol, cuando empieza a venir la gente, ponen la terraza y yo la sirvo. Después del trabajo veo fútbol con los dueños de la terraza y me harto de paella y fartons.

El hermano de la limpiadora, un guardia civil que está de baja psiquiátrica anda por el pueblo, Catalina le hace mucho caso. El guardia civil era de los que en Canarias recogían a los muertos de los cayucos y auxiliaban a los más de treinta mil negros que llegaron vivos el pasado verano. Pobres negros de manta gris. En cuanto llegan les ponen unas mantas grisecillas de mezclilla que también he visto en la guerra del Líbano, en la televisión de plasma grandísima. El guardia civil está muy medicado. Viene con su hermana la limpiadora desde un pueblecito cercano del interior. Catalina la escritora, que se ha venido aquí a no soportar a nadie, lo aguanta bastante bien y dice que el pobre guardia ha mejorado algo. El guardia civil, allí en Canarias, lloraba y decía pobrecitos, y lloraba y lloraba socorriendo a los negros de los cayucos que llegaban medio muertos o muertos del todo, y que aún así llegaban y siguen llegando. Los sueltan por ahí, por la península. En Barcelona no sabían qué había sido de cincuenta de ellos y no los encontraron. Los tienen a miles en Canarias, a miles. Ahora en otoño empiezan a no llegar casi, se ahogan: los mata el frío del Atlántico. El guardia que los recogía todavía sigue llorando, dice que está mejor. Yo no lo creo, tiene una cara de loco...

Las pocas personas que vivimos en el pueblo, excepto que ocurra algo especial, nos vemos poco. El que se queda aquí todo el año es porque de verdad no quiere ver a nadie. Mi madre me llama y me dice que cómo no me he vuelto loco, pero yo me siento bien con el mar, la soledades esta casa en ruinas.

Mi padre viene alguna vez. La última acabamos a leches. Me dijo que no cobraríamos la herencia de la abuela Rosita. Mi padre añadió: ¡Un día de estos aparecerá el hijo de Rosita, que tuvo un hijo de soltera, para que te enteres, Rodolfo, so cabronazo, que lo dejó en un hospicio antes de la guerra!

Vaya una noticia, tan vieja, menuda Sorpresa.

Mi hermano y yo sabíamos lo del hijo de la incluida desde siempre. Hubiera sido imposible no enterarse con todo lo que lo mentaban, pero nunca nos lo habían contado así claramente. Yo miraba a mi padre no pudiendo evitar la ternura que me producía ver su envidia, pero procuraba no sonreír. Mis ojos iban de mi padre al mar. Mi padre también miraba el mar, pero con rabia, y husmeaba la casa enfermo de envidia, la cara se le había ido avinagrando, avinagrando. Aunque yo no sonreía, mi padre se había fijado en mis dientes. Preguntaba: ¿Te los has blanqueado? Contestaba: Me los blanqueo con perborato de sosa papá. La última vez que vino ya no escondí la televisión de plasma y se quedó pasmado con su tamaño y nos emborrachamos los dos mano a mano con una botella de whisky que me trajo.

Aquí encontré una habitación llena de libros, hay novelas, muchas novelas en inglés y francés, hay tomos de obras completas, diccionarios, historias universales, historia de las religiones, que sé yo... Los voy a vender por internet, pero mientras tanto miro el mar porque de ahí no se van a mover. La abuela Rosita dice que nos ha dejado esta casa para mi hermano y para mí, pero según mi madre, todavía no la ha puesto a nuestro nombre. Mi madre la atosiga para que lo haga. La abuela es una embustera, dice mi madre.

El viento templado del mar y del otoño me llegan, con un bienestar, tan bien que se está aquí mirando el mar.

Las paredes del piso de abajo están alicatadas hasta más de media altura. ¿Cuál de las paredes has levantado?, pregunta la abuela Rosita. Noto la prevención de su voz al otro lado de la línea: Conozco muy bien la casa con todos sus recovecos, Rodolfo. A veces pienso que la abuela, que nunca va a morirse, tiene un plano de la casa. Los azulejos del alicatado son antiguos de muchos colorines. Quitar esos azulejos es un trabajo muy delicado. Lo voy haciendo poco a poco. Sólo he despegado una pared. He subido arriba los azulejos, todos clasificados tan estupendamente que no se me ha roto ni uno. Mi hermano siempre me pregunta por ellos. No los vendas, me dice en los e-mails, no los vendas, ni los libros tampoco, que te conozco, y ponme la mitad en mi piso. Su piso es la tercera planta y todavía no la he empezado.

Al principio mi hermano y yo chateábamos un montón, nos echábamos mucho en falta, hasta que una mañana mi ordenador no quiso hablar más. Se cayó al suelo desde una repisa. Se suicidó Yo estaba allí y no podía creérmelo. No parecía que pudiera caerse, pero se rompió para siempre. Me pasé dos o tres semanas sin ordenador. Tenía que ir a una población cercana, a un cibercafé, a comunicar con mi hermano, a poner e-mails, hasta que mi abuela se dio cuenta de que así no iba a trabajar y me pagó, otro ordenador en el Corte Inglés de Valencia, ordenador éste que dejó siempre en el suelo por si quiere suicidarse como el otro, para que no pueda. Sigue siendo incomprensible la caída del ordenador, incomprensible. La repisa donde descansaba es muy sólida y está anclada a la pared. Mide cincuenta centímetros de fondo por un metro y medio de largo. Si intento balancearla no se mueve. Hubo un tiempo en que me inquietaba tanto el acontecimiento, que había noches que me las pasaba recorriendo la casa, abriendo puertas, escuchando, a ver si volvía a ocurrir algo extraordinario, pero no. El día que se estrelló el ordenador yo estaba solo, como casi siempre. Me había levantado muy tarde porque los marroquíes se habían ido a Valencia y ya no me despertaban sus ruidos con los picos y las palas. Estaba tumbado todo lo largo que soy en el sofá

de obra, con la cafetera y la taza a mano, cerca de la repisa, mirando el mar. Fue un hecho raro. Los marroquíes, cuando se lo conté, se asustaron, hablaron de ángeles malvados y de cosas que no pude entender, se asustaron mucho. Hasta me arrepentí de habérselo contado, porque creí que iban a irse. Después de mucho hablar entre ellos decidieron que en realidad el ángel que había empujado el ordenador, ya era seguro que había sido un ángel, el gran ángel bueno había querido desengancharme de Internet, porque yo era adicto a la red y no atendía lo suficiente mi vida ni las obras, ni a nada.

Después se habían quedado tan anchos.

Eran músicos sufíes.

Habían cantado cantos Gnawa. Una noche en que todos los grillos y cigarras parecían haberse vuelto locos, los sufíes entonaron el canto Gnawa al son de los bichos y dando palmas. Fue muy mágico. Dijeron que necesitaban tener los papeles para estar legales, pero que volverían para acabar las obras y bañarse en el mar. Los fantasmas, los espíritus, Nunca me he parado a pensar en eso. Mi madre, en cambio, cuando mi padre se fue y se divorciaron, hablaba con los sapos del estanque. El cloro de la piscina de la urbanización se había diluido del todo y mi madre sacaba a los sapos del estanque y los metía en la piscina, para que disfrutasen, decía. Luego los devolvía al estanque que se convirtiesen en príncipes, decía, en un príncipe que viniese a buscarla.

A través del agua turbia veía yo las patas de los sapos, o los veía al sol, sentados y silenciosos en el borde del estanque. Al menor ruido los sapos saltaban al agua. En primavera florecían los nenúfares con sus flores blancas, los juncos enverdecían y el agua del estanque parecía menos sucia. Mi madre se apoyaba en la balaustrada, en el balcón de su cuarto, miraba y miraba y hablaba con los sapos en voz baja, desde la distancia. ¿Por qué, en nuestro estanque, en vez de salir alegres ranas verdes, habían salido sapos marrones y asquerosos? Algunos peces rojos se quedaban a veces quietos en el estanque como si estuvieran

mueertos. Al atardecer las aguas parecían negras y las piedras que las circundaban más blancas. Teníamos el único estanque de toda la urbanización. ¡Qué iba a tener nadie un estanque!

A pesar de sus cuidados y ensimismamiento con el dichoso estanque, el príncipe no venía a por mi madre, que lo estaba pasando tan mal con el divorcio. Por aquel entonces lo que se le apareció fue un chulo. Mis padres eran funcionarios de nivel veintiocho. Mi madre, en esa época, estaba de baja, estaba como una chocolatera, chiflada, hasta que se vendió aquella casa con parcela de mil metros, mi madre luego mejoró algo. Mis padres compraron unos pisos en el Paseo de la Habana, uno al comienzo y otro al final, pequeños porque como éramos tan buenos estudiantes y nos íbamos a emancipar tan pronto... En esa época teníamos diecinueve y veinte años, y estábamos encantados de venir a vivir a Madrid. Después siempre vivimos con ella, hasta que nos echó al piso de mi padre. La verdad es que los míos han sido unos buenos padres. Mi pobre padre oía hablar de la herencia de la abuela desde la noche de los tiempos, desde antes de casarse con mi madre la heredera, y del puñado de oro o así que la abuela había enterrado en algún punto de La Rioja. Tiempo después fue él quien averiguó que la abuela Rosita había concebido un hijo de soltera, hijo que todavía no ha aparecido. Mi padre estaba hasta los cojones de oír hablar de esa herencia y de no ver un duro. Mi madre y él, que habían sido felices, llegaron a no soportarse, así que mi padre se lió con la vecina, se fue y luego se divorciaron. La vecina hizo las paces con su marido y dejó a mi padre.

Después de vender la casa aún hablaba mi madre de los sapos. Mi madre, más triste que el llanto, se había quedado muy sola sin los batracios. Según se ve, todavía los echa en falta.